

te con alegre y sereno semblante. Andando el tiempo trasladó esta austeridad á las altas horas de la noche, y entrándose en un aposento inmediato á la cámara donde dormía con su esposo, hacia que sus doncellas la diesen áspera disciplina, volviendo despues al lado de su marido con quien se mostraba mas alegre y amable que nunca, confortada con estos rigores contra sí misma y su propia debilidad ¹. Así es como ella, dice un poema contemporáneo, procuraba acercarse á Dios y romper las ligaduras de la cárcel de su carne, como valerosa guerrera del amor del Señor.

Ponia sin embargo un especial cuidado en que estas secretas asperezas no influyesen en sus habituales relaciones de manera que la hicieran aparecer triste y melancólica. Léjos de eso, tomaba parte sin repugnancia en aquellas reuniones y fiestas mundanas donde por razon de su dignidad debia presentarse; y como dice un gran Santo, digno por todos conceptos de juzgar y comprender á nuestra Heroína, «á veces

¹ Lacerabat duris verberibus carnem puella innocens et pudica. Laetam coram hominibus se ostentans... Ad lectumque mariti reversa hilarem se exhibuit et iucundam. (*Theod.*).

«jugaba y danzaba, hallándose en las juntas de pasatiempo sin menoscabo de su «devocion, la cual estaba tan bien arraigada en su alma, que como las rocas que «cercan el lago de Reati crecen combatidas «de las ondas; así su devocion crecia en «medio de las pompas y vanidades á que la «exponia su dignidad ¹.» Como detestaba toda clase de exageracion exterior en las buenas obras, y toda afectacion de dolor, solia decir de las personas que para orar ponian rostro severo ó triste: «No parece «sino que quieren espantar á Dios; déngle «lo que pueden con alegría y buen «razon.»

Por otra parte no perdonaba medio de ofrecer á Dios el tributo de su humildad y obediencia. Tenia por director de conciencia á maese Conrado de Marbourg, de quien hablarémos mas adelante, y á quien habia hecho, permitiéndolo su marido, voto de obediencia en todo cuanto no fuera opuesto á la autoridad marital; y como Conrado habia alzado el grito contra ciertos impuestos cuyo producto se destinaba á cubrir los

¹ San Francisco de Sales, *Introduccion á la vida devota*, parte III, cap. 34, traduccion de Cubillas Donyague, Barcelona, 1762.

gastos de la mesa real, tenia mandado á su penitente que no se llegara á manjar alguno si positivamente no sabia que proviniese de las rentas propias de Luis y no del expresado tributo, ó de otros pechos de los vasallos, que para él eran muy á menudo extorsiones injustas y contrarias á la voluntad de Dios. No hay para qué decir la solicitud con que la jóven duquesa acogió y puso en práctica con escrupulosa severidad una idea de esta especie, y eso que muchas veces la embarazaba un poco, en virtud del propósito que, segun dijimos, tenia hecho de permanecer junto á su marido durante las horas de comer; á pesar de que Luis, léjos de oponerse á los deseos de su esposa en esta parte, cuando tres de las doncellas de Isabel le pidieron permiso para seguir el ejemplo de su señora, se lo concedió al momento, añadiendo: «Con mil amores haria yo lo mismo si no temiera la «murmuracion y el escándalo; pero con la «ayuda de Dios bien pronto cambiaré yo «tambien mi método de vida.» Penetrado de un tierno respeto para con la conciencia de su esposa, él mismo se adelantaba á advertirla afectuosamente é indicarle algunos manjares comprendidos en la excep-

cion, así como la instaba á comer de las viandas procedentes de sus rentas y no de los tributos; y, á pesar de todo, Isabel no osaba llegarse á muchos platos por temor de si serian el fruto de los sudores amargos del pobre. Mas todo esto y cuanto hacia por amor de Dios, ocultábalo ella esmeradamente á los ojos del mundo; siendo cosa de ver las menudas y delicadas astucias de que echaba mano cuando, hallándose á la mesa del Duque, trataba de que los circunstancias no se apercibieran de sus privaciones; ya aparentando ocuparse con afan en la puntualidad del servicio, ya repitiendo las órdenes que daba á los criados, ya dirigiendo la palabra á los convidados y sirviéndoles de beber; y á veces tambien desmenuzando el pan ó los manjares que le ponian delante, desparramándolos allá y acullá, para figurar restos lo que era un plato sin tocar. De suerte que muchas veces se levantaba con sed y hambre tras una abundante comida; y las doncellas que la acompañaban en estas penitencias refieren que en ocasiones se veia reducida á tomar por todo alimento un poco de pan seco ó algunas pequeñas tortas que cubria con un poco de miel. Un dia de gran banquete so-

lo pudo reservar para sí cinco pequeños pajarillos que casi enteros se comieron sus doncellas, porque las ajenas privaciones le daban mas cuidado que las suyas propias¹: otra vez, yendo á reunirse con su esposo en la Dieta del Imperio, no halló cosa que poder comer en conciencia sino un mendrugo de pan negro, y tan duro que fue preciso remojarlo en agua caliente; pero como era día de ayuno se dió por satisfecha con esto, y sin otro alimento hizo en seguida una jornada á caballo de quince leguas².

Hay una interesante tradicion que demuestra cuán suavizadas eran por Dios, y hasta de una manera material y sensible, estas privaciones de su sierva en lo que de

¹ Solis quinque tortulis melle conditis, solo plerumque pane contenta... Quinque aviculas minutissimas... ex quibus parum reservans reliquam pedisequis misit. (*Diet. IV Ancill.*).

² Maritum secutura ad magnam diaetam, ubi erat... Tantum grossum nigrum panem et durum quem in calida aqua simplice mollefactum comedit... Hoc prandio illa die cum suis contenta... Et sic equitabant eodem die octo milliaria theutonica quae large faciunt *triginta italica*. (*Diet. IV Ancill.* Caesarius, y el Ms. del Vaticano dicen con razon *quadraginta italica*).

áspero y duro tenían. Hallábase cierto día sola, pues Luis estaba ausente, haciendo su pobre comida compuesta de pan seco y agua. Entró de improviso el Duque y quiso, en señal de amistad, beber en el vaso de Isabel, en el cual con gran sorpresa suya encontró un licor tan exquisito, que le tuvo por el mejor vino del mundo. Preguntado el copero de dónde habia tomado aquel vino, respondió que él no habia servido á la Duquesa sino agua pura. Luis no contestó palabra; pero, segun la piadosa y justa expresion de un cronista, tuvo *bastante discrecion* para ver en esto una señal del favor divino, y una recompensa de los sacrificios que se imponia su esposa.

Isabel recorria con frecuencia en compañía de sus doncellas las oficinas del castillo, informándose minuciosamente de la procedencia de todos los manjares y bebidas; y cuando hallaba alguna vianda de las permitidas, se volvia á sus doncellas y les decia: «No comais mas que de esto.» Y si le mostraban alguna bebida lícita, como vino de las viñas de Luis, decia igualmente: «No bebais sino de esto.» Pero era de ver cuál se regocijaba y palmoteaba alegre como un niño, cuando, recorridas todas las

dependencias, nada habia encontrado que pudiera inquietarla: «Hoy va bien esto, «decia; hoy podemos comer y beber.» Cuando sucedian estas cosas tenia quince años; y en esta edad conservaba la infancia del espíritu y del corazon, sin perjuicio por otro lado de hacerse digna del cielo por la práctica de virtudes bien superiores á su edad.

Este género de vida tan austera, enteramente opuesto á los hábitos y usos de las gentes de su clase, atrajo á la Duquesa la reprobacion y la pública censura de toda la corte; censura que no perdonaba ni al Duque mismo, culpándole de tolerar y autorizar las extravagancias de su esposa: pero ambos sufrían con paciencia estos profanos juicios, mirando agradar mas bien á Dios que á los hombres.

Entre tanto halló bien pronto la jóven Princesa un nuevo campo donde ejercitar su celo, y su amor á la mortificacion. Un dia muy solemne bajó, segun costumbre, de Wartbourg á Eisenach, vestida de riquísimo traje, ataviada de suntuosas joyas, y ceñida la corona ducal, acompañada de su suegra y numerosa comitiva, y todos juntos fueron á una de las iglesias de la ciu-

dad. Siempre que entraba en alguna iglesia, tenia por costumbre dirigir inmediatamente la vista á algun Crucifijo, como lo hizo en esta ocasion: y habiendo visto la imágen de Jesús desnudo, coronado de espinas, atravesados sus piés y manos con agudos clavos, sintióse penetrada de compuncion como otra vez en su infancia, y entrando en sí misma, dijo para sí: «Hé aquí «á tu Dios colgado de un madero, mientras «á tí, inútil criatura, te adornan preciosas «joyas y vestidos. Él lleva ¡ay! corona de «espinas; y tú la llevas de oro.» Y vencida al propio tiempo por la fuerza del sentimiento de su compasion piadosa, cayó desmayada en el suelo. Alzáronla de allí las espantadas doncellas, y sacándola á la puerta del templo para que le diese el aire y rociándole el rostro con el agua bendita de la pila, Isabel recobró luego el conocimiento¹; pero desde aquel mismo instante formó el propósito de renunciar á toda cla-

¹ En pendet Deus tuus nudus, et tu homo inutilis vestibus pretiosis operiris. Spinis caput ejus pungitur, et tuum caput redimitur auro... Cecidit exanimis effecta... Ad ostium ecclesiae propter refrigerium portaverunt, et reclinantes eam, faciem eius aqua benedicta, quae aderat, consperserunt. (Theod.).

se de galas y adornos, excepto en aquellos casos en que exigiera lo contrario el mandato de su marido, ó las obligaciones de su dignidad. Hallamos en las declaraciones de sus doncellas los pormenores acerca de los diversos objetos que á la sazón eran parte del tocador de una princesa, y que desde entonces no quiso ya usar nuestra Santa. Renunció, por ejemplo, á toda clase de telas y velos de colores fuertes y claros; á las mangas ajustadas y de pliegues, gran lujo de aquel tiempo segun parece; á las cintas y bandas de seda para sujetar el cabello, y en fin á las ropas largas y vestidos de cola. Cuando la necesidad la obligaba á vestirse de ceremonia, bajo la púrpura y el oro guardaba su traje de lana burda y el cilicio que nunca se quitaba; de modo que en las públicas solemnidades siempre se veian unidas en ella la dignidad y la modestia de una princesa cristiana; virtud que siempre recomendaba y encarecia á las grandes señoras que venian á visitarla, exhortándolas con calor á renunciar, en esto á lo menos, á las vanidades del siglo, y aun remitiendo á algunas modelos ó patrones de vestidos de la forma que creia convenirles. No fueron per-

didados estos esfuerzos; porque muchas de estas señoras, conmovidas por el ejemplo de una jóven tan tierna recién casada, dieron de mano á mundanas superfluidades, y aun algunas hicieron voto de perpétua continencia.

Santa sencillez, candor de las primeras edades, pura y cándida ternura de los antiguos dias, ¿ volveréis á renacer en el mundo? ó hemos de pasar por el dolor de creer que para siempre os habeis apagado y muerto? Y si es cierto que los siglos son años en la vida del mundo, ¿ no volveréis vosotras, dulces primaveras de la fe, á rejuvenecer el mundo y los corazones despues de un invierno tan largo y tan sombrío?

CAPÍTULO VIII.

*De la gran caridad de la amada santa Isabel,
y de su amor á la pobreza.*

Da pauperi, ut des tibi: da pauperi
micam, ut accipias totum panem; da
tectum, accipe coelum; da res peri-
turas, ut accipias aeternas mensuras.
(S. Petrus Chrysologus, *Serm. VIII*
de ieiun. et elemos.).

In te misericordia, in te pietate,
in te magnificenza, in te s'aduna
Quantunque in creatura è di bontate.
(Dante, *Parad. c. 33*).

Mientras Isabel imponía á sus sentidos tan riguroso yugo, y se trataba á sí misma con dureza tan perseverante, rebosaba en su corazón la misericordia y caridad para con los pobres. La tierna piedad de que había dado muestras desde la infancia, iba por grados tomando aquel nuevo incremento que en breve debía llegar á merecerle el glorioso y dulce sobrenombre de *Patrona de los pobres*, bajo el cual la venera hoy la cristiandad. La liberalidad para con los pobres era uno de los rasgos de aquella época, sobre todo entre los príncipes; pero se observaba que en Isabel la caridad no nacía del influjo de su cuna, y menos todavía del

deseo de ser alabada ó atraerse un reconocimiento y gratitud puramente mundanal, sino mas bien de una celestial é interior inspiración. Ya desde muy niña la llenaba el corazón de dolor la vista de un pobre; y ahora que su esposo la dejaba en completa libertad para todo lo que se refería al honor de Dios y provecho del prójimo, se abandonaba sin reserva á la natural inclinación de socorrer á los miembros pacientes de Cristo. Consagrar á los pobres el importe y valor de todas las cosas supérfluas, cercenadas á los hábitos de su sexo y dignidad, era su pensamiento de cada día y de cada momento; y á pesar de que la caridad de Luis ponía á su disposición recursos nada escasos, tan de prisa distribuía cuanto había á las manos, que muchas veces se vió precisada á despojarse de los vestidos que llevaba puestos para poder aliviar á algun desgraciado.

Tan tierna abnegación de sí misma no podía menos de cautivar la imaginación y el corazón del pueblo. Cuentan las antiguas crónicas que bajando un jueves á la ciudad la Duquesa ricamente vestida y puesta la corona, halló al paso una turba de pobres á quienes repartió todo el dinero que lle-